

Vistazo al contenido 1

Había poca gente delante del portal esperando a que empezara la visita. Estaban sacando fotos de un hombre con uniforme y armado con un fusil que se había puesto delante de la señal del pueblo que ponía „Belchite Pueblo Viejo“. Llevaba pantalones de color beige, una camisa verde militar y un gorro verde con una borla roja en la cabeza. Su mirada era fija y la cara inexpresiva. Cabía perfectamente en este lugar extraño.

Fuí a verlo de cerca porque tenía curiosidad. Pero cuánto más me aproximaba hacia el portal, más angustia sentía. Me pesaban las piernas como si quisieran negarse a acercarse al Pueblo Viejo. Era un sentimiento extraño. Quizás una advertencia.

En este momento oí la voz de mi padre llamándome y me di la vuelta. Pero sin poder evitarlo ya nos había sacado con el móvil una foto al soldado y a mí. Me puse furiosa porque odiaba las fotos como éstas y mi padre lo sabía perfectamente. Volví la cabeza y me asusté, pues el soldado barbudo ya se encontraba a mi lado. Se inclinó y con su voz grave me susurró al oído:

–¡Tienes que ayudarme! ¡Pero ten cuidado! ¡No te pierdas en el tiempo!

Le miré con cara de asombro y quise preguntarle a que se refería cuando oí mi nombre de nuevo y vi que mi padre me estaba haciendo señales. Al mismo tiempo estaba abrazando a un hombre de su edad que era bastante alto. Tenía que ser Salvador, el compañero de estudios. Los dos se rieron y hablaron. De nuevo, mi padre volvió a hacer señales y fuí hacia él.

–Salva, ¡te presento a mi hija Emilia! –dijo y me puso la mano en el hombro–. Y ¡éste es Salvador, mi antiguo compañero de estudios!

Por un instante, Salvador parecía estar desconcertado, pero entonces me estrechó la mano.

–Hola, ¿cómo estás? –me preguntó y me dio dos besos en las mejillas–. Llámame Salva. ¡Me alegro mucho de teneros aquí esta noche! –dijo radiante de alegría–. ¡Lo tendremos que celebrar más tarde!

No sabía que, aparte de sus libros, papá tenía amigos. Sea como sea, este parecía muy simpático. Por eso le dije:

–¡Qué guay poner un tipo como ese con traje militar allí delante de la entrada! ¡Parece de verdad! ¿De qué partido es?

Salva estaba confundido.

–Pero ¿qué tipo?

–Pues, el hombre con el fusil delante de la señal de Belchite. ¡Es que la gente le saca fotos! –dije asombrada y señalé al portal, pero el tipo ya no se encontraba allí. Había desaparecido.

Salva empezó a reír.

–¡Qué hija más divertida tienes, Antonio! ¡Pero la idea es estupenda! ¡Hablaré con la administración municipal!

Mi padre se rió nerviosamente, y me dijo:

–¡No tengo ni idea de lo que estás hablando, Emilia!

–Pero, ¡sí tú también nos has sacado una foto, papá! ¡Enséñame el móvil! –dije enfadada y le quité bruscamente el smartphone de la mano. Pero ¿qué era eso? En las últimas fotos solamente estaba yo, la señal y el portal. Nadie más.

–¿No ves? ¡No hay ningún soldado, Emilia! –intentó calmarme.

Yo no entendía nada en absoluto. Si el tipo no era de la oficina de turismo, ¿quién había sido entonces?

Pero lo más extraño era: ¿Por qué no lo había visto nadie más que yo?

Vistazo al contenido 2

–Por cierto, soy Alejandro –dijo el chico y me dio la boina que llevaba en la mano–. No te la pongas. ¡Es peligroso!

Tenía una mirada de preocupación. ¿Estar en peligro por una simple boina?

–Me llamo Emilia –le respondí y me puse la boina. Alejandro supiró hondo.

–Oye, Emilia, ¡te lo digo en serio! Aquí casi nunca se hacen prisioneros. ¡Los fachas te podrían fusilar! ¿Acaso vienes del frente?

¿El frente? ¿Los fachas? No entendía ni una palabra. ¿Qué hacía ese chico allí abajo? ¿Dónde estaba mi móvil? Tenía que volver antes de que Salva y el grupo me encontraran en esta vieja casa. Pero cuando miré hacia el techo de la bodega no había nada. Ninguna abertura por donde hubiera podido caerme.

–Alejandro, ¿cómo salgo de aquí?

–¿Cómo has entrado? ¿Por el pasillo?

¿Qué pasillo? Bueno, Alejandro sí era mi tipo, pero decía cosas muy raras.

–Mira, mi padre y yo formamos parte de un grupo de visitantes y hemos venido a visitar el Belchite Viejo. Es una pena lo que pasó en el pueblo durante la guerra civil. Estas ruinas son de verdad un monumento para futuras generaciones. Pero lo siento, ya tengo que irme.

Ahora era Alejandro quien me miró algo confundido.

–¿De qué estás hablando? ¿Una guerra civil? ¿Belchite Viejo? Solamente hay un Belchite. ¡Es viejo pero no está destrozado! Y ¿por qué debería servir de monumento? –Señaló con el dedo a mi cabeza–. ¿Seguro que estás bien? ¿Quizás necesitas un vasico de agua?

Tenía razon, pues desde que me había levantado del suelo, estaba algo mareada. Asentí con la cabeza y Alejandro me llevó hacia una escalera. Después de haberla subido me quedé con la boca abierta. Era de día y el establo por donde había caído parecía otro. Dos cabras atadas estaban comiendo tranquilamente el heno que se encontraba bajo sus patas. En la despensa veía muchos tarros. ¡Y la escalera hacia arriba estaba intacta!

¿Qué demonios había pasado conmigo?

Subimos al primer piso. En una cocina-comedor un crío de apenas diez meses jugaba en el suelo al lado de una cuna de madera. Una mujer de luto estaba cocinando en un antiguo hogar de leña.

–¿A quién has traído a casa, Alejandro? –preguntó con desconfianza.

Mientras el chico le explicaba donde me había encontrado, yo quedé fijándome en un calendario colgado de la pared. En él, Don Quijote y Sancho Panza hacían publicidad de un

papel de cigarillos llamado „Bambú“. Pero no fue por eso por lo que casi perdí los nervios, sino por la fecha.

Era el 26 de agosto de 1937.